

los nueve meses de su concepción, Jesucristo, Dios hecho hombre, nació en Bethlem de Judá, de la Virgen María.» ¿Se ha visto jamás nada que se parezca á esta apacible y llana majestad? El niño que vino al mundo fué el vástago de la sangre más ilustre, que nada tiene de común con lo pasado. Aparece sin que sea esperado hace tiempo en el continuo movimiento de las generaciones, y si quisieran los aduladores celebrar su nacimiento por gloriosos horóscopos, no temerian en convocar acerca de su cuna al cielo, á la tierra, á los reyes, á los pueblos, á los grandes sucesos.—La Iglesia, á quien acabáis de oír, no se ocupa de estas cosas. ¿Por qué? Porque el niño cuyo nacimiento celebra ella, según la doctrina del Apóstol, es el heredero de todas las cosas y el hacedor de los siglos: *Quam constituit heredem universorum per quem fecit et sæcula*; el centro y sostén de la creación toda entera: *In quo omnia constant*; el término supremo de los movimientos que la Providencia imprime, desde el principio de los tiempos, á todas las fuerzas de la humanidad y á todos los sucesos de la historia: *Omnia propter ipsum*.

Todas las edades del mundo vienen á agruparse al rededor de su cuna, porque en todas ellas Dios se muestra bajo la forma de un niño que toma vida en las entrañas de la humanidad pecadora para salvarla. A nuestros primeros padres, asustados de su caída y agobiados bajo el peso de la amenaza divina, les promete un vástago vengador que triunfará de las asechanzas de Satanás; á los patriarcas un hijo en quien serán benditas todas las naciones de la tierra; á David un heredero que conservará para siempre su raza y hará subsista su trono cuanto duren el sol y la luna. «Un renuevo saldrá de la vara de Jessé, grita Isaías y una flor se elevará sobre su raíz.» El espíritu del Señor reposará sobre este renuevo; el espíritu de sabiduría y de inteligencia, el espíritu de consejo y de fortaleza, el espíritu de ciencia y de piedad, y el espíritu de temor de Dios, llevará la copa de esta flor.

Escuchad, pues, casa de David; el Señor os dará una señal: «Ved aquí que una Virgen concebirá y parirá un hijo: se le llamará Enmanuel.» Llevado en alas de la inspiración franqueó el profeta los siglos, y creyó ver ya al niño que debía venir: «El niño nos ha nacido; el hijo se nos ha dado; su nombre es el admirable, el consejero, el Dios fuerte, el padre del siglo futuro, el príncipe de la paz.» «¡Milagro nuevo! grita Jeremías. La mujer únicamente del hombre será madre: *Creavit Dominus novum super terram; facmina circumdavit virum*.»

Imán divino: un niño atrae hacia su cuna las religiosas aspiraciones de la antigüedad judaica: un niño es también el objeto de los deseos y de la atención de la gentilidad. El hijo de Isis debe vengar el mundo

de los furores de Trifón. Júpiter posará su acariciadora mano sobre la frente de una virgen, y de su contacto nacerá un hijo, renuevo querido de un padre enemigo que se ofrecerá á suceder á los sufrimientos de Prometeo, figura del género humano castigado por la cólera divina. En las alegorías que coronan las pirámides orientales, las vírgenes consagradas esperan la vista de Dios que les debe hacer madres del libertador. El loto egipcio, penetrado del soplo de lo alto, fecunda á la diosa virgen, y la madre santa de los chinos come, al lado de una fuente, la flor virginal que la dá el poder de parir un día hijo divino. Bajo las sombrías bóvedas de los bosques célticos elevan los druidas una estatua y un altar á la virgen que debe parir. Las generaciones que se suceden se transmiten, pues, de una á otra este grito de esperanza: ¡Un niño vendrá! Ya saludaban los poetas su advenimiento. Ved al mundo como está conmovido por catástrofes providenciales.

Más agitado que los demás pueblos, pero siempre vivo, Israel está por todas partes mezclado con los gentiles y arroja sobre las tradiciones desfiguradas la luz de sus oráculos. Los deseos rebosan, la atención ha llegado á su colmo, los siglos, en coro, gritan: «Cielos, derramad vuestro rocío: nubes, lloved al justo; que la tierra se entreabra y germine al salvador.»

Ya viene el niño bendito, ya viene. La iglesia nos muestra al cielo y á la tierra formando con los siglos un inmenso marco alrededor de su cuna; esto es justo. El cielo está cerrado por el pecado, él le vá á abrir; la tierra está deshonrada, él va á purificarla. Es evocado Abraham; así debía ser. ¿No ha sido elegido para ser el origen de un pueblo destinado á guardar con más fidelidad las promesas divinas, y para transmitir á los hijos estas promesas, con una sangre preservada de las abominaciones de la idolatría, la herencia transfigurada de su sacerdocio, y de su soplo profético? Mirad á Moisés con su pueblo: está en su puesto, tanto de legislador de la nueva alianza, como de libertador del género humano. David se aproxima; yo lo esperaba. Su sangre ilustre va á correr por las venas del niño Dios. Los diversos movimientos de las dos genealogías, de la vara al renuevo y del renuevo á la vara; describen las largas peregrinaciones de la savia real. Por corrientes diversas ha llegado á su límite. La naturaleza y la ley, la generación y la adopción están acordes sobre el mismo niño. Sea que se remonte por su madre y por su abuelo al curso de los siglos, sea que se descienda hasta el humilde y casto que debe proteger sus primeros años, David se impone y su hijo tiene derecho al nombre que le dieran más tarde los miserables que imploraron su misericordia y las gentes que saludaron su bienve-

nida: «¡Tened piedad, oh hijo de David! ¡Hossanna al hijo de David! La crítica impía le disputa este honor; mas ¿qué importa? ¿Su negación puede pesar tanto como el testimonio de los Evangelistas que han consultado los monumentos y oído la voz del pueblo? Venid á uniros al santo rey, casto profeta, á quien ha dado Dios conocimiento de los tiempos; venid, Daniel. Habéis aclarado los oráculos, precisando la época de su cumplimiento. Vuestras famosas semanas tocan á su fin; es el tiempo en que debe aparecer el Santo de los Santos.

Los grandes pueblos le deben también un homenaje, y los griegos, en cuya armoniosa lengua se escribirá bien pronto su historia, y será uno de los primeros monumentos de la difusión de su doctrina y del establecimiento de su reino, y los romanos, que no han conquistado la tierra sino para preparar los caminos á sus Apóstoles y cederles un día la capital de su imperio. Augusto ha sometido á su poder á todos los pueblos; el templo de Jano se ha cerrado; el universo está en paz. Cree el fiero César que el reposo de sus armas puede utilizar un aumento de su gloria, permitiéndole contar las riquezas de sus provincias y el número de sus súbditos, pero Dios tenía otras miras que las suyas. «En aquellos días, dice el Evangelista San Lucas, se publicó un edicto de César Augusto para que se empadronase todo el mundo.» Este empadronamiento es un hombre quien lo ordena, pero es Dios quien lo quiere para llevar á su hijo al lugar en que el profeta ha fijado su cuna, para que su real genealogía esté confirmada por actos públicos para que la realidad de su santa humanidad esté oficialmente comprobada por la mayor de las autoridades humanas. ¿Qué hacéis, grita Bossuet, qué hacéis, príncipes del mundo, poniendo en movimiento á todo el mundo, á fin de que se os forme una lista de todos los individuos de vuestro imperio? ¿Queréis conocer la fuerza, los tributos, los soldados futuros, y comenzáis, por decirlo así, á alistarlos? Esto ó algo parecido pensáis hacer. Pero Dios tiene otros designios que vosotros ejecutáis, sin pensar en ello, por vuestras vías humanas. Su hijo debe nacer en Bethlem, humilde patria de David; así lo ha hecho predecir por su profeta, y mirad todo el universo como se mueve para cumplir esta profecía. Jesús, hijo de David, nace en la ciudad que nació David. Su origen está comprobado por registros públicos; el imperio romano da testimonio de la real descendencia de Jesucristo, y César, que no pensaba en ello, ejecuta la orden de Dios.» La incredulidad bien querría suprimir este testimonio de César y del imperio romano; pero ¿qué puede contestar á los apologistas que han visto las actas del empadronamiento, y que no han temido las reconozcan los herejes y los emperadores?»

En efecto, hay paz universal á fin de que el príncipe de la paz nazca en las condiciones predichas por los Profetas, y mientras que el universo está en paz alrededor de su cuna el cielo está de fiesta. Para celebrar su venida y señalar la fecha precisa, Júpiter y Saturno, dirigidos al mismo punto, iluminan tres veces á la tierra con sus radiosas conjunciones, como en los benditos días en que el pueblo de Israel salió de la esclavitud de Egipto, y bien pronto, reunidos en el mismo signo todos los planetas, terminando juntos su revolución, hicieron su jubileo y alumbraron con una espléndida constelación el primer año del niño prometido y deseado, del libertador del género humano. Los siglos de espectación, el cielo, la tierra, los patriarcas, los legisladores, los reyes, los profetas, los grandes pueblos, los maestros del mundo, la paz universal después de tantas revoluciones, el jubileo de los astros, ved ahí el cuadro providencial del nacimiento de Jesucristo. ¿Y en este cuadro es necesario colocar la cuna de un niño obscuro, sin genealogía y sin prestigio? ¿Y sobre este cuadro es necesario escribir las vulgares palabras de un impío? No, por cierto. Las palabras de la iglesia son las únicas que están en armonía con tan admirables preparaciones: *Jesus Christus aeternus Deus, aeternique Patris Filius, in Bethleem Judae nascitur ex Maria Virgine factus homo. Jesucristus nascitur:* Jesucristo nació: esta palabra está llena de revelaciones. Dios hubiera podido renovar para su Hijo el misterio del Edén, es decir, sacar su cuerpo muy puro del costado de uno de sus justos adormecidos, y mostrar á la humanidad diciéndola: He aquí la carne de tu carne y los huesos de tus huesos. Pero preveía la sorpresa, las dudas, la ansiedad, que hubiera excitado en nosotros la aparición de un hombre perfecto. Vemos mejor la verdad de la encarnación en un niño que toma, como nosotros, posesión de la vida, y la comprobación de su nacimiento debe responder un día, mejor que todos los razonamientos, á los desvarios insensatos y á las absurdas suposiciones de los herejes. Por otra parte, la obra de reparación decretada por la Providencia es más completa y mejor equilibrada en un Dios niño. Todas las edades están representadas en él; los dos sexos están honrados en él, cuanto pueden serlo, y de la mujer que nos representó el fruto de muerte, recibimos el fruto de vida.

Importaba, pues, que las leyes de la naturaleza estuviesen cumplidas á nuestros ojos, en tanto cuanto era necesario para darnos la certeza del medio exterior, por el que se nos revelaba el misterio divino; pero para la honra de Dios que se encarnaba, importaba que la naturaleza apareciera llena de maravillas. Estas no han escaseado. El

Evangelio y la ciencia teológica nos las muestran multiplicadas bajo la acción de un Príncipe divino, en el seno virginal de María y en su fruto bendito. El cielo las anuncia antes que resplandezcan, y saluda su adorable aparición por la voz de los Angeles.

«El ángel Gabriel, dice San Lucas, fué enviado por Dios á una aldea de Galilea llamada Nazareth, á una virgen casada con un hombre llamado José, y el nombre de la virgen era María.» Hacia mucho tiempo que este mensajero celeste había recibido de Dios la confidencia del gran misterio de la Encarnación, y la misión de repar en la obra de nuestra restauración la influencia ejercida por el espíritu soberbio en la obra de nuestra perdición. En su primera embajada reveló al profeta Daniel la época precisa del cumplimiento de la justicia eterna, y apenas habían pasado seis meses desde que hizo presentir su proximidad al Sacerdote Zacarías anunciándole el nacimiento de su hijo, el precursor. Llegó el tiempo. Tercera vez baja á la tierra á solicitar de la humanidad su consentimiento, porque Dios es un rey tan generoso que quiere que consintamos en las misteriosas bodas de su verbo con nuestra naturaleza. Una joven, hija de la tribu de Judá, ha sido elegida para representar al género humano en este solemne contrato. Se le acerca el ángel y dice: «Yo te saludo, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tu eres entre todas las mujeres.» María se turba, pero el ángel la anima: «No temas nada, María, porque has hallado gracia ante el Señor. He aquí que concebirás y parirás un hijo que llamarás Jesús. Él será grande; se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y reinará eternamente sobre la casa de Jacob.» María reconoce en este lenguaje las santas profecías que tiempo ha meditaba ella en el templo y cuyo próximo cumplimiento esperaba. Pero estas profecías no hablan con ella, pues que ha renunciado á la maternidad. Resuelta á quedar virgen, no ambiciona sino el honor de ser un día la esclava de la madre del Mesías. Dios tenía otras miras. Quiere para su Hijo la extraña é inexplicable maternidad de una virgen. No importa se opongan á ello las leyes de la naturaleza; que nada hay imposible para el Todopoderoso. ¿No fecunda las madres estériles? ¿Quién le impedirá fecundar á una virgen? «El Espíritu Santo sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y el que nazca de tí será la santidad misma, se llamará el Hijo de Dios. En prueba de ello mira que Elisabet, tu pariente, ha concebido un hijo en su ancianidad; está en el sexto mes de su embarazo, la llamada estéril, le dice el ángel.—He aquí la esclava del Señor, respondió María, hágase en mí según tu palabra.» ¡Cuántos prodigios referidos sin énfasis en esta adorable relación en que

las advertencias, las promesas y las pruebas se sucede con un orden perfecto! nota nuestro doctor y maestro Santo Tomás de Aquino.

Misterios inaceptables, dice la incredulidad, porque ¿quién los ha visto? ¿Quién los ha comprobado? ¿Quién puede dar testimonio de ello?

¿Quién? Ahí está la mujer en quien se han cumplido. Y la Madre de Cristo es un testigo excepcional, pues la posición que ella ha tomado en el mundo cristiano, la veneración universal de que es objeto desde el origen de la Iglesia, nos impone el respeto de su palabra y de sus revelaciones. Misteriosa hora aquella en que aún no conocía nadie lo que ella llevaba en su casto seno, sino esa Elisabeth, cuyo hijo se había estremecido, antes de nacer, á la aproximación del Verbo encarnado, y lanzó ella sobre los siglos futuros este óraculo: «Todas las generaciones me llamarán bienaventurada.» ¡Una joven de quince años, se atreve afrontar así el porvenir! Es la mayor locura si ello no es divino. Pero es divino porque el óraculo se ha cumplido. En todas las edades del Cristianismo, lo mismo hoy que en sus principios, las letras, las artes, los monumentos, la piedad, rinden homenaje á la bienaventurada Virgen María, Madre de Jesucristo.

Comprendemos que la ciencia psicológica se vuelve contra las afirmaciones de nuestra fé; que dice «esto no se ha visto jamás, esto es imposible.» Que esto no se ha visto jamás, es cierto, que esto es imposible, es falso. Si Dios ha hecho el hombre sin el hombre, ¿por qué no ha de poder repetir este acto soberano?

.....

Abramos los ojos á las milagrosas claridades que iluminan la fría noche de la Natividad, y prestemos atención al cántico de los ángeles: Gloria á Dios en las alturas: *Gloria in excelsis Deo*. Gloria á Dios. Su reino anunciado y esperado ha tanto tiempo, principia en la cuna de Jesús niño. Roma y Belén se disputan el imperio del mundo. En Roma ha visto entrar César Augusto una tras otra sus legiones triunfantes. Se cree el Señor del Universo, y el imperio de los Césares no durará sino una época. Aborrecido de los pueblos oprimidos, despedazado por los bárbaros, abandonará un día su capital devastado al monarca supremo. Este monarca está en Belén; allí está quien ha de reinar sobre el universo.

¿Quién es, pues? ¿Un niño que no ha podido hallar un lugar en las posadas, y que su triste madre se ha visto obligada á parir en un establo de animales y á envolverle en pobres mantillas, es el Señor del mundo? Así es; el establo es su palacio, el pesebre su trono, y una pobre mantilla su púrpura. En este miserable estado principia á ejercer